

**Seminario Teológico de Puerto Rico
Extensión de Alliance Theological Seminary
Programa de Doctorado en Ministerio
San Juan, Puerto Rico**

**Diario de Duelo
Requisito parcial del curso de
Orientación I
DML 801**

**Camille Echevarría Peraza, PhD
Fecha: 15 de noviembre de 2020**

“Cuanto más oscura es la noche, más brillantes son las estrellas. Cuanto más profundo es el duelo, más cercano está Dios” (Fyodor Dostoyevsky)

Sueño, anhelo y petición no contestada: ¡SER MADRE!

La expresión citada anteriormente refleja el sentir por el que experimenté en un momento en mi vida. Al mirar al cielo podía ver lo hermosas que eran las estrellas y esto hacía que me sintiera cerca de Dios y que pudiera sentir Su consuelo en medio de uno de los momentos más difíciles de mi vida.

Desde pequeña sentí una afinidad especial por los niños, tenía un instinto maternal que era reconocido por mi familia y las personas más cercanas a mí. Fui única hija hasta los seis años y al llegar mi hermano a mi vida en lugar de verlo como un juguete lo acepté y abracé como una madre lo hace con su hijo. Tan es así que todavía a mis 47 años y sus 41, el sigue siendo mi bebé. Siempre tuve la ilusión de tener mis hijos y poder disfrutar de ellos de la misma manera que mis padres lo hicieron conmigo y mi hermano.

Pero este sueño fue cambiando al pasar de los años cuando a mis 19 años el médico me explicó que tenía ovarios poliquísticos y esto dificultaría que yo quedara embarazada. Necesitaría tratamiento para quedar embarazada, pero al menos todavía tenía una esperanza. El golpe más fuerte lo recibí a mis 30 años, fui diagnosticada con Adenomiosis. Mi matriz estaba agrandada, los ciclos menstruales eran hemorrágicos, el dolor era insoportable e incapacitante y mi hemoglobina bajaba con el pasar del tiempo. Mi salud se vio afectada por todo un año en el tuve que afrontar cuatro intervenciones. Todo esto me enfrentó a una gran verdad que ya Dios tenía para mi vida la única forma en que podría cumplir mi sueño de ser madre sería a través de *Fecundación in vitro*. El momento de tomar de decisiones llegó ¿Me voy a aferrar a mi sueño? O ¿Aceptaría el plan de Dios para mi vida?

A pesar de ser joven mi fe en Dios fue mayor que mis sueños y decidí no pasar por el proceso de la fecundación y seguir la recomendación del médico: debía operarme inmediatamente. Entendí que Dios tenía otros propósitos para mi vida y que Él nunca me abandonaría. La operación fue un éxito y mi salud mejoró. Con el pasar de los años se presentó la oportunidad de adoptar en Nicaragua el bebé de la empleada de servicio de mi

suegro. Ella era muy joven y tenía planes de abortar, por lo que mi suegro y su esposa le hablaron de nosotros y ella accedió a tener al niño y darlo en adopción. Oré y pedí dirección a Dios para este proceso, estaba esperanzada pero también le comentaba a mi esposo que seríamos instrumentos para que se cumpliera el propósito de Dios en la vida del niño. En definitiva, así ocurrió Yianni nació y al poco tiempo el proceso se complicó por lo que su mamá se quedó con su bebé. En estos momentos, ella no trabaja en la casa mi suegro y no sabemos nada de ambos.

Definitivamente, este es mi proceso de duelo. Sé que todo lo que ocurrió es parte del plan perfecto de Dios y que Él estuvo y está a mi lado. No obstante, es un proceso doloroso que se activa cuando veo esos debates en la sociedad sobre el aborto o cuando veo una adicta en la calle embarazada. Es entonces cuando como ser humano pregunto: ¿Dios por qué ellas sí y yo no? Sin embargo, es esos momentos en que puedo ver la diferencia y esta radica en quien es mi Salvador, mi confianza y en quien espero: Dios.

¡Salir para sanar!

Hay ocasiones en nuestra vida en que tenemos que tomar decisiones difíciles e inesperadas. Sin duda alguna, cuando se relacionan con la iglesia y nuestra vida espiritual es aún más complicado. Mi infancia y educación primaria fue en la iglesia y colegio católico. Por situaciones inesperadas (para nosotros, pero para Dios no) cerca de cumplir la mayoría de edad hicimos un movimiento a una iglesia Presbiteriana. Este proceso fue uno con el que no estuve de acuerdo al principio, pero fui insertándome en el poco a poco.

Alrededor de 23 años de mi vida pertenecí a esta iglesia y mi crecimiento espiritual fue guiado por el pastor fundador de la misma. Luego de su retiro, uno de sus hijos fue ordenado como pastor ejecutivo. En los primeros años de su pastorado la relación con él fue buena y cordial. Era mi líder espiritual y me inspiraba confianza. Sin embargo, después de un tiempo esto cambió.

Las actitudes de él así mi cambiaron. No entendía que ocurrió y cómo, pero pude observar el cambio y me preguntaba constantemente en que fallé. De hecho, intenté en

varias ocasiones indagar con el pastor cuáles fueron mis fallas, pero no recibí respuestas. A pesar de esto mi disposición para trabajar tanto para Dios como para la iglesia no menguó, pues estaba consiente que todo lo que hacía era para darle gloria y honra a Dios. Esta situación se prolongó por varios años en los cuales siempre estuve en oración y pidiendo dirección a Dios de los pasos que debía seguir.

La figura pastoral y de guía espiritual se convirtió para mí en una de opresión y sufrimiento. Me sentía anulada, humillada e insignificante porque por mejor que completara mis tareas, nunca fueron de su agrado por completo. Si bien es cierto, que recibía la felicitación por otro lado no faltaba la crítica negativa al trabajo realizado. A medida que avanzaba en mis clases en el seminario aumentaban las situaciones dolorosas.

Recientemente durante este proceso de pandemia el ministerio al que pertenezco confrontó un proceso difícil, por el cual todos tomamos la decisión de salir de la iglesia. Esta situación fue motivo para orar aún más y acercarme más a Dios. Por cada herida en mi corazón Dios me está regalando Su sanidad, Su dirección y Su paz. Estoy segura de que pronto podré exclamar que esta figura pastoral fue el instrumento que Dios utilizó para mi ¡salida a la sanidad y entrada a la libertad en Cristo!